

¿Y EL CARNAVAL EN LA ESCUELA?

(Revista de la Educación del Pueblo, N° 77).
Alejandro Scherzer (Setiembre, 2001).

Todavía recuerdo la letra de una canción que cantábamos formando fila en la escalera de la Escuela Brasil, “Barón de Río Branco), cuando formaba parte del coro de alumnos, hace ya muchas décadas:

“una flor cuyas hojitas semejan
a otros tantos corazones,
y es su cáliz una estrella...”

¿De qué sirvieron tantos acordes, tonadas (de una letra insufrible para niños), ensayos, si sólo los ejecutamos en fiestas de fin de año y en alguna que otra ocasión oficial, para regocijo de unos pocos?

Los niños y adolescentes de hoy tienen, a mi modo de ver, la inmensa fortuna de haber nacido por estas latitudes. Entre otras razones, porque existe una fiesta colectiva y popular que se llama Carnaval. Y, el del Uruguay, que es el más largo del mundo: cuarenta días.

Cuarentena que nada tiene que ver con los encierros y las “pestes” de antaño. Ésta es la “cuarentena pasional-popular”, capaz de vender en sus escenarios barriales más entradas que el fútbol y el basketball, durante todo el año.

Fiesta colectiva, callejera, de familia, y por eso popular.

Las familias participan activamente en los ensayos de los conjuntos de Carnaval, en el desfile, en las actuaciones barriales, y cada vez menos – lamentablemente - en los estereotipados corsos vecinales, con poco intercambio entre los vecinos.

Cuando digo popular, quiero decir del pueblo y no exclusivamente de los pobres. Claro está que cada vez hay más pobres y menos ricos.

Sin embargo, la calidad de los espectáculos ofrecidos es cada vez mayor, en los textos, las voces, los arreglos corales, la actuación, el vestuario, el maquillaje, la musicalización y toda la tecnología de audio.

Miles de personas giran en torno al Carnaval en estos cuarenta días: público, artistas, transportistas, profesionales de los medios de comunicación, otros artesanos del Carnaval, comerciantes de la alimentación y ... muchas familias.

Muchos miles esperan todo el año el Carnaval uruguayo, en realidad montevideano, que es el que más conozco, por que subsisten de ello no sólo en lo económico sino también en lo artístico y pasional.

La industria de la música, a través de la grabación, permite que hoy sea posible reproducir estos espectáculos en los ámbitos íntimos y privados del seno familiar, antes, durante y después del Carnaval.

Mientras tanto, existen radioemisoras que trasmiten en directo lo acontecido en escenarios barriales y desde el propio Teatro de Verano (Concurso Oficial de Agrupaciones Carnavalescas), otorgando – con sus comentarios trasnochados- mayor fragor a la fiesta.

Existen otras ocasiones en que los uruguayos convocamos a los tambores y a los ritmos murgueros a “marcha camión”.

¿En qué fiestas tradicionales no suenan estos acordes populares?

En el exterior, en el exilio, en las cárceles, y en casi todos los momentos de represión popular –sea en dictadura o en democracia- el canto murguero ha sido y es un hálito de vida, un canto esperanzado, una voz instituyente y un rasgo identitario que nos une.

El Carnaval - como fiesta del pueblo - que acompañó al Uruguay desde siempre, desde los albores de la patria, ha ido transformándose junto a él. En aquel período de gloria de la década del 40 (1940) Armando Oréfiche y sus Lecuona Cuban Boys grababan el inolvidable “Carnaval del Uruguay”.

Cantaban los Lecuona:
“Al Carnaval del Uruguay
vendrá mi negra con su alegre conga....
Noches de amor
y de pasión,
Montevideo te hará gozar...
El Uruguay tierra ideal,
país de ensueño...
a bailar, a cantar”.

Estos ritmos inundaban el Hotel del Prado, el Teatro Solís, el Parque Hotel, el Hotel Retiro y muchos Clubes.

Se bailaba y se cantaba entonces, rumba, conga, samba, junto a los tangos de D'Arienzo, Canaro, Gavioli y otros. Eran las épocas en que Alberto Castillo –recientemente homenajeado por nuestra Intendencia Capitalina– deslumbraba con sus candombes.

Épocas de la discografía manual y artesanal. Épocas del Uruguay próspero.

Y al Uruguay de la bonanza, del Estado Benefactor, y de los réditos del Primer Mundo, lo siguió la patria de los costos crecientes, de las dificultades, de las desigualdades, del dolor y del padecimiento por la posterior represión política. Y... el Carnaval siempre acompañó.

Épocas del silencio, de la palabra apenas visible en el entrelineado de las canciones, de la alegría oculta, del canto por el dolor y las desapariciones. Y, otra vez, el Carnaval, por ser del pueblo, acompañó.

En la dictadura, aprendió a pensar la realidad y a cantarla invisiblemente creció en múltiples direcciones: textos, escenografía, vestuarios, movimientos. Cada vez más, desplegó las aristas de un gran espectáculo, fenómeno en el que colaboraron, también, los variados acercamientos de prestigiosas figuras del teatro nacional, que supieron admitir la fuerza de este gran fenómeno cultural.

Los años '90 nos sorprenden con una forma del Carnaval uruguayo que, toma por un lado la fuerte incidencia de las tecnologías de imagen, y genera al mismo tiempo, una propuesta estética propia y local, con discurso ideológico, político-social (no necesariamente partidario), ético y crítico de la vida cotidiana.

El espectáculo de hoy se va construyendo **entre todos**, en el apretado entramado que existe entre el público y los conjuntos (que justamente no salen de otro lugar más que del público).

Es así, que podemos afirmar que se van elaborando entre TODOS los elementos claves para construir una **identidad popular nacional**. Identidad que admite la **diversidad y la diferencia** y que se expresa en Carnaval a través de sus distintos géneros y estilos, a través de las preferencias del público, de las hinchadas y de la convivencia tolerante de los espectadores. Nunca vimos en Carnaval los fenómenos de violencia que desata el fútbol, entre otros deportes.

Hoy, en épocas de globalización, de ajustes fiscales, de mundialización de la crisis, y de los imperios transnacionales, ¿qué sentidos tiene un Carnaval como el nuestro que es crítico, satírico, implicado totalmente con la realidad local, la de la gente, sin brillos de samba carioca, pero con el humor de todos, con la crítica punzante a la vida cotidiana pública y privada? Creo que el sentido que le otorguemos desde lo comunitario, desde las familias y también desde los institutos de educación, fundamentalmente desde **la Escuela**.

¿Qué podemos hacer desde la Escuela?

Sabemos que los uruguayos somos inhibidos - lamentablemente - en nuestras capacidades de expresión de cualquier tipo, y fundamentalmente con el cuerpo. Bailamos poco, y cuando lo hacemos es al ritmo de otros acordes, ya reconocidos internacionalmente.

En 1996, tuve el enorme gusto de viajar a un Congreso en una zona del Caribe, junto a más de 400 estudiantes universitarios del Uruguay. Estos eventos siempre cuentan con una “fiesta de intercambio”, donde tuve ocasión de apreciar todos los ritmos populares de ese país acompañados por sus danzas típicas, que todos los oriundos sabían bailar con gran destreza y belleza estética.

Con gran sorpresa y desazón advertí, más tarde, que el “intercambio” no sería simétrico en la medida en que nuestros jóvenes universitarios, en su gran mayoría, no sabían bailar candombe, música escogida por los propios jóvenes en representación de nuestro país.

En la ciudad de Salvador de Bahía, tuve ocasión de presenciar, recientemente, cómo varias bandas de música de niños de las escuelas de percusión de Olodum ensayaban y estudiaban con sus maestros, recorriendo las calles del Pelourinho (barrio histórico), frente a su gente y a los turistas.

Cincuenta niños, de distintas edades, género y color de piel, alternaban en cada grupo musical, tocando los diferentes instrumentos, recorriendo el barrio con atención al maestro, que no cesaba de dar instrucciones y señalamientos. El acto docente transcurría en la calle y frente a todos, no importaban los errores.

Lo que importaba era aprender, y el disfrute se transformaba en un acontecimiento colectivo y popular. Todos bailábamos al compás de las bandas infantiles de percusión de Olodúm.

¿Por qué no tenemos en nuestro país, en nuestras Escuelas, enseñanza de candombe y murgas de niños?

¿Por qué no concursos interescolares, como sí tenemos en deportes y ciencias?

¿Por qué lo cultural aparece devaluado?

¿Por qué no construir dispositivos de enlace entre los actores de la cultura popular y nuestros docentes de los géneros populares?

¿Podríamos imaginar a Rada, a “Catusa” Silva, a Jaime Roos, a Lágrima Ríos y a tantos otros, enseñando a la juventud en nuestras escuelas?

¿No sería mejor para los uruguayos cantar “Un Candombe para Figari” o “Botijas de mi país” que las “hojitas que semejan a otros tantos corazones...”

¿Por qué en otros lados del mundo, por ej. en el Estadio de Maracanã de Río de Janeiro, los partidos de fútbol transcurren con ritmo de samba ejecutada desde las tribunas por los parciales de sus clubes?

¿Por qué en los estadios de Uruguay no se escucha música alguna que represente la cultura popular?

¿Por qué cuando juega Uruguay por la Copa Davis de tenis, el festejo de cada tanto uruguayo es al ritmo de samba y no de candombe?

¿Qué rol le cabe en todo esto a las instituciones educativas, a los programas de educación instituidos por el Estado, y a los docentes?

¿Qué hacemos con el Carnaval en la Escuela?

¿Pasa el Carnaval por la Escuela?

¿Cuándo entenderemos que el Carnaval es la máxima expresión cultural del Uruguay y, por esta razón, lo incluyamos en nuestros planes de estudio y de trabajo?

¿Cuándo cada docente, en la intimidad del aula con sus niños – alumnos, pondrá sobre el tapete esta forma colectiva de decir y de mostrar la realidad, la analice, la problematice, la trabaje y la incluya con la mayor convicción en esa otra cotidianeidad, tan abarcable para los niños: la de la vida en la Escuela?